

Conocí al Dr. Santos en 1975, cuando comenzamos juntos la Residencia de Pediatría en el Hospital Infantil Virgen del Rocío. Fuimos una promoción muy bien avenida en la que nunca existieron “conflictos de intereses”. Pepe era estudioso pero divertido, trabajador pero siempre dispuesto a participar y organizar actividades de grupo, serio pero con ese peculiar sentido del humor paymoguero. Nos hicimos muy amigos y luego, cada uno dirigió sus pasos a las distintas subespecialidades, él a la Cardiología Pediátrica.

Cuando en 1981 obtuvo su plaza de Cardiólogo Infantil en el Virgen del Rocío, se le pidió que realizara las guardias en la UCI, durante un tiempo, ya que había pocos Intensivistas Pediátricos. Aceptó y ¡las estuvo haciendo durante más de 20 años!

Fue con nosotros, uno más del equipo, siempre al día en las técnicas de Intensivos que iban apareciendo. Sus extraordinarios conocimientos de Cardiología y Hemodinámica, nos los transmitía a todos y, a la vez, el cuidado de pacientes de otras patologías le enriquecían a él.

Solía decir que nuestros pacientes, primero eran niños y luego enfermos que podían tener una patología cardíaca. Esta visión global del paciente, le permitió hacer diagnósticos muy complicados, que todos recordamos, “ con el fonendo”.

Cuando pasaba por la UCI, siempre se detenía si veía algún problema, sobre todo de canalización de vías, y no se marchaba hasta que no lo resolvíamos ¡o lo resolvía él! sin que hiciera falta pedírselo.

Si le llamábamos para una emergencia Cardiológica, no hacía falta preguntarle si estaba localizado, allí aparecía enseguida y, a veces, llegaba cómo por arte de magia sin que le hubiéramos avisado.

Nunca decaía en las guardias, luchaba y luchaba contra la muerte de los pequeños y seguirá salvando vidas porque nos enseñó, a muchos médicos, a curar primero el alma y luego el corazón.

Fue nuestro maestro, un gran pediatra, un gran cardiólogo, un gran amigo y, sobre todo una bellísima persona. Gracias Pepe.